

Nº 7

ENTRE COLEGAS

(Una iglesia. Música de órgano. Entran dos sacerdotes. Uno de ellos se pone al cuello los atributos de confesar. Se acoplan en un confesionario con los carraspeos del ritual, dispuesto uno - el padre Clemente- a confesar al otro -el padre Juan-.)

PADRE JUAN.- Ave María Purísima.

PADRE CLEMENTE.- Sin pecado concebida.

PADRE JUAN.- Hace seis meses que no me confieso, Padre Clemente.

PADRE CLEMENTE.- ¡Padre Juan! ¿Cómo es posible? ¡Seis meses!

PADRE JUAN.- Sólo he tenido un pecado en todo este tiempo, pero me era imposible confesarlo, ya que no tenía propósito de la enmienda. Y sin eso, ya sabe usted Padre, no hay indulgencia posible.

PADRE CLEMENTE.- ¿Y ha estado usted administrando sacramentos todo este tiempo, en pecado?

PADRE JUAN.- Sí, Padre. Y me arrepiento de todo corazón.

PADRE CLEMENTE.- ¿De qué se arrepiente de todo corazón, del pecado o de haber estado administrando sacramentos...?

PADRE JUAN.- De las dos cosas, Padre.

PADRE CLEMENTE.- No comprendo. Podía haberse confesado de todas formas... Si sólo era un pecado, la cosa no podía ser tan grave.

PADRE JUAN.- Era sólo un pecado... cada día. Vamos, el mismo pecado, pero que lo hacía todos los días. Todos los días durante seis meses, Padre.

PADRE CLEMENTE.- ¡Padre Juan! ¡Pero eso son muchísimos pecados! Vamos a ver: Seis meses, a treinta días, son seis por tres dieciocho... ciento ochenta. ¡Ciento ochenta pecados, Padre!

PADRE JUAN.- Ayer y hoy ya no lo he hecho. Y luego un mes que sólo tenía veintiocho días, febrero; si quitamos tres...

PADRE CLEMENTE.- Bueno, igual da tres más que tres menos. No nos vamos a poner aquí ahora con papel y lápiz...

PADRE JUAN.- Yo lo decía por si quería usted hacer la cuenta exacta, Padre.

PADRE CLEMENTE.- Dejemos la cantidad, y explíqueme de qué se trata. Es un asunto grave, y necesito más datos, como usted comprenderá...

PADRE JUAN.- Antes de nada me tiene que prometer que no se va a enfadar.

PADRE CLEMENTE.- ¿Que no me voy a enfadar? Estoy administrando el sacramento del perdón.

PADRE JUAN.- He tenido relaciones sexuales con una monja del Convento de la Plaza, Padre.

PADRE CLEMENTE.- ¡Padre Juan! ¡Pero, qué me está usted diciendo! ¡Que ha tenido ciento ochenta...! ¡El peor de los pecados..., y con una sierva de Dios!

PADRE JUAN.- ¿Lo ve? Sabía que se iba a poner así. Por eso no me atrevía a confesarme. Pero yo necesitaba su perdón, Padre. Su perdón y su consejo espiritual.

PADRE CLEMENTE.- ¿Pero cómo ha podido...?

PADRE JUAN.- La carne es débil... Lo pone en los Santos Evangelios.

PADRE CLEMENTE.- ¡Sí, pero también pone que hay que aguantarse, como nos aguantamos todos! ¿Y con qué monja ha sido, si puede saberse?

PADRE JUAN.- Con sor Adela, Padre. No sé si la conocerá. Una alta, muy mona...

PADRE CLEMENTE.- ¡No la voy a conocer! ¡Con sor Adela! ¡Encima!

PADRE JUAN.- Padre, ésos son detalles que no creo necesarios, con el debido respeto...

PADRE CLEMENTE.- ¡Pero qué está usted diciendo! ¡Es demencial!

PADRE JUAN.- Todo lo que me diga es poco, Padre. Me arrepiento de todo corazón.

PADRE CLEMENTE.- Espero que sea verdad, porque ya sabe que si sigue preso del pecado de la carne no hay absolución posible.

PADRE JUAN.- No, Padre, no. La he dejado. Quiero decir, que lo he dejado. No lo volveré a hacer.

PADRE CLEMENTE.- Bueno, en ese caso, y si de verdad hay arrepentimiento sincero, Dios es misericordioso...

PADRE JUAN.- Sólo hay un problema, Padre. Y por eso necesito su consejo además de su perdón.

PADRE CLEMENTE.- ¿Un problema? ¿Qué problema? ¿No estará embarazada?

PADRE JUAN.- No, no, Padre. No es eso, gracias a Dios. Es que está enamorada. Enamorada de mí, usted comprende, y no quiere dejarlo.

PADRE CLEMENTE.- ¿Le ha dicho usted que ése es el camino del infierno?

PADRE JUAN.- Le he dicho de todo, Padre. Y nada.

PADRE CLEMENTE.- Oiga, Padre... Esto no será una broma de mal gusto...

PADRE JUAN.- Qué más quisiera yo, Padre. No puedo dormir de la preocupación, ni comer. Todo el día con lo mismo de que no puede vivir sin mí, que arma un escándalo... No sabe cómo son las mujeres.

PADRE CLEMENTE.- Para saber cómo son las mujeres no hace falta comprobarlo como usted, Padre. Y además, sor Adela no es una mujer. Es una monja.

PADRE JUAN.- Las monjas también son mujeres, Padre Clemente. Igual que nosotros somos hombres y tenemos nuestras debilidades, ellas sienten necesidad, son de carne...

PADRE CLEMENTE.- Bueno, bueno. Dejemos eso. Lo más importante ahora es separarle de ella como sea.

PADRE JUAN.- Eso mismo digo yo, Padre. Necesito su ayuda; si no, estoy perdido. La condenación eterna, ya sabe.

PADRE CLEMENTE.- Lo podía haber pensado antes y nos habríamos ahorrado muchos quebraderos de cabeza.

PADRE JUAN.- La carne es débil...

PADRE CLEMENTE.- ¡Deje ya la carne en paz! Vamos a ver...

(El padre Clemente mira acusador al padre Juan, mientras golpea rítmicamente con los dedos la madera del confesionario.)

Las Misiones. No hay otra solución.

PADRE JUAN.- ¡No! ¡A las Misiones, no! Tengo muy mala salud, y los viajes, la mala alimentación...

PADRE CLEMENTE.- Digo ella, hombre. Ella.

PADRE JUAN.- ¿Ella? Sí, sí. Tiene mucho espíritu evangelizador. Además sabe poner inyecciones.

PADRE CLEMENTE.- A Nigeria. Puede ir a Nigeria. O al Alto Volta. Allí son más necesarias ahora. Tuve yo un pequeño incidente hace años con una monja también, nada grave, por supuesto, no como usted, pero andaba detrás de mí, y antes de que la cosa pasara a mayores consulté al Superior y acordamos el traslado al Alto Volta. Ella además se lo agradecerá. No ahora, claro está, pero más adelante se dará cuenta del inmenso bien que le hacemos. ¿Qué son unos años de sacrificio, comparados con la eternidad? Volveremos a hablar con el Superior.

PADRE JUAN.- Gracias, Padre. Se lo agradezco con toda el alma.

PADRE CLEMENTE.- Rece tres avemarias y una salve. "Égo te absolvo, in nomine pater et fili et Spiritu Sanctu. Amén".

(La música de órgano tae consoladora sobre el final.)

Oscuro.